

## LOS INICIOS DE LA DIALECTOLOGÍA GRIEGA \*

0. La Dialectología de la lengua griega antigua tiene no menos de veinticinco siglos: su inicio está en los orígenes mismos de la preocupación práctica y especulativa de los helenos por su lengua. No pudieron ser las cosas de otro modo porque el griego antiguo tenía una fragmentación dialectal que no podía ser ignorada ni siquiera al reducir el interés por la lengua al nivel literario y a la forma escrita.

Ya en la instrucción escolar, en la lectura de los «clásicos», era necesario aclarar las dificultades nacidas de que autor y lector perteneciesen a distinto ámbito dialectal, además de las provocadas por el paso del tiempo y por la distancia entre los niveles literario y coloquial. Recordemos que uno de los problemas graves en la crítica y edición de textos de autores no jónico-áticos es que hayan sido «normalizados», hechos legibles e inteligibles para escolares, por vía de reducir sus peculiaridades dialectales al patrón jónico-ático o al de la lengua común.

Recordemos también que la atención a la fragmentación dialectal en su doble vertiente de diferencias fónicas y gramaticales y diferencias léxicas venía propiciada para el estudioso por el bien conocido hecho de que el cultivo de ciertos géneros y subgéneros literarios había de hacerse en determinados dialectos; convención y tradición respetada hasta época alejandrina y que se explica por los ambientes geográficos, sociales y lingüísticos en que cada género o subgénero

---

\* Las presentes páginas son versión corregida de una lección en el Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Oviedo (marzo de 1980). En esta cuestión es esencial el trabajo de J. B. Hainsworth «Greek Views of Greek Dialectology», *TPhS* 1967, 62-76.

tuvo sus orígenes y alcanzó su madurez. Sírvanos como ejemplo Tirteo —s. VII a. C.—, que ha de utilizar el jónico para sus elegías, aunque su tema y su auditorio sea Esparta, flor y nata de lo dórico.

Vamos a pasar revista a los componentes principales de la labor dialectológica de los antiguos porque lo que de ella conservamos nos sigue siendo útil en buena parte y, sobre todo, porque ha condicionado, quizá excesivamente, los trabajos actuales, cuya partida de nacimiento se fecha en 1839: en Göttingen ve la luz el primer tomo de *De graecae linguae dialectis* de Heinrich Ludolf Ahrens<sup>1</sup>.

1. La Filología helenística prestó atención a los dialectos por tres caminos: a) la glosografía o recogida y explicación de γλωσσαι o voces raras, atenta a niveles tanto literarios como no literarios; b) investigaciones dedicadas específicamente a los dialectos, monografías centradas, al parecer, en materia fonética y gramatical; los textos literarios deben de haber sido su fuente y objeto más importante. Destaquemos el nombre de Trifón de Alejandría —s. I a. C.—, autor de varias obras (cf. *Suda s. u. Τρύφων*) y analogista para el que las variantes dialectales eran πάθη o desviaciones respecto de una forma natural o normal y creadoras, por tanto, de ἀνωμαλία; c) atención a hechos dialectales en los tratados generales o monográficos de materia fonética y gramatical; en general, parece que la atención se centró sobre textos literarios. Recordemos cómo define Dionisio Tracio (GG I, 1 p. 5) la τέχνη que es γραμματική, es decir, de los γράμματα —¡letras!—: «Gramática es conocimiento práctico del uso general en poetas y prosistas». Dionisio Tracio nos presenta una γραμματική en la que Fonética y Gramática no están todavía separadas de los estudios literarios (cf. la transliteración *grammatica* y la traducción *litteratura* en latín) y que da cabida a la glosografía en su tercer apartado, γλωσσῶν τε καὶ ἱστοριῶν πρόχειρος ἀπόδοσις, «explicación sencilla de voces raras y de relatos míticos».

Cuando la moderna Dialectología Griega inicie su andadura, aprovechará la labor de la antigua: echará mano de los tratados generales y monográficos conservados y de sus reelaboraciones posteriores, y extraerá de ellos abundancia de datos, pero no principios o esquemas teóricos sobre los dialectos, su división y su interrelación.

<sup>1</sup> De la obra de Ahrens hay reimpresión: Hildesheim, G. Olms Verlag, 1971.

Acudirá también a la glosografía, conservada parcialmente a través de reelaboraciones bizantinas, y se beneficiará de ella en igual forma que en el caso anterior.

En cambio, aprovechará a fondo y dándoles crédito quizá excesivo los manuales sobre dialectos, y tanto en lo referente a datos concretos como a división del conjunto dialectal. Ahora bien, esos manuales no son los antiguos, información de primera mano, sino reelaboraciones bizantinas que no tienen otra pretensión que ayudar al conocimiento práctico de la gramática, que, a su vez, es auxiliar de la lectura y comentario de algunas obras de algunos autores entonces en boga como «clásicos». Estos tratados bizantinos son epítomes de un practicismo absoluto, pero también aluden a otras actitudes y tradiciones en el estudio de los dialectos. Y, mantengan un orden o sean un amasijo saltuario de datos, se atienen todos ellos a un patrón teórico y práctico de fácil reconocimiento.

2. Vamos a comparar el *Περὶ διαλέκτων* del arzobispo Gregorio de Corinto —s. XII— con los tratados conocidos como *Grammaticus Leidensis* y *Grammaticus Meermannianus*, atribuidos sin razón al bizantino Juan Filópono y notablemente más antiguos que el tratado de Gregorio, que se ha servido de ellos con toda generosidad. Estos dos tratados, muy breves, mantienen un orden de presentación del material que en el de Gregorio, mucho más voluminoso, deja bastante que desear<sup>2</sup>.

El patrón o esquema de estos tratados comprende las siguientes partes, alguna de las cuales puede estar ausente en alguno de ellos:

a) Definición de *διάλεκτος* como *ἰδίωμα γλώσσης* (Greg.) o *λέξις* que presenta *ἴδιος χαρακτήρ* (Greg. y *Meerm.*) 'sello particular'. En Gregorio se precisa que ese sello es local, *τόπου*, y por ser esta definición copia casi literal de la que diera Clemente de Alejan-

<sup>2</sup> Los tres tratados y algunos otros en *Gregorius Corinthius et alii, De dialectis linguae graecae*, ed. G. H. Schaefer, Leipzig, 1811; hay reimpresión: Hildesheim, Olms Verlag, 1970. Sobre estos y otros tratados, sobre sus fuentes e interrelaciones pueden consultarse: Hoffmann, *Die griechischen Dialekte*, t. 2, Gotinga, 1893, págs. 204-222; t. 3. Band, Gotinga, 1898, págs. 197-208. Véanse también los apéndices (t. IX) al *Thesaurus Linguae Graecae* de H. Stephanus, edd. Hase y C. y L. Dindorf, París, 1831 ss.; hay reimpresión: Graz, Akademische Druck..., 1954. Es de sumo interés Bolognesi, «Suí ΠΕΡΙ ΔΙΑΛΕΚΤΩΝ di Gregorio di Corinto», *Aevum* 27, 1953, págs. 97-120.

dría (*Strom.* I, 142, 2), hay que entender que el *Meermannianus* tiene τύπου como corrupción de τόπου.

b) Enumeración de los cinco dialectos, en orden fijo: jónico, ático, dórico, eólico y κοινή o lengua común.

Esta enumeración está en contradicción doble y flagrante con la definición de dialecto. Reparemos primeramente en que no se compaginan el que el dialecto sea local y que se defina la *koiné* como variedad «de la que todos usamos» (Greg. y *Leid.*) y resultante de la convergencia de los otros cuatro dialectos (Greg. y *Leid.*) o, con peor fortuna expresiva, origen de ellos (*Meerm.*). Menos lógica tiene el que, tras definir los dialectos como *idioma* por su sello particular, se cense entre ellos la *koiné*, de la que se afirma que no tiene sello propio (*Meerm.* y *Leid.*) y a la que, precisamente por ello, se propone como κανών al que enfrentar la ιδιότης de los dialectos (*Meerm.*)<sup>3</sup>.

Pero la contradicción más significativa es ésta: tras definir el dialecto como peculiaridad local, se sigue una división y rotulación que nada tiene que ver con criterios localistas y se atiene a una terminología genérica de estirpes con implantación plurilocal, además de limitarse a textos literarios. Sin embargo, la definición se complementa con observaciones posteriores sobre que dentro de cada dialecto hay variedades locales, μεταπτώσεις o 'inflexiones': según *Leidensis*, cuatro en el jónico, tres en el ático, «muchísimas» en el dórico, y «no sólo según ciudades, sino también según grupos (? : ἔθνη)», y tres en el eólico, frente a ninguna en la *koiné*. El *Meermannianus* enumera para jónico y dórico una serie de regiones y ciudades que puede tenerse por reconocimiento implícito de las variedades locales. Gregorio, especialmente atento a los textos literarios y a los propósitos pedagógicos, no habla de las variedades locales, pero a lo largo de su tratado incluye abundantes referencias a ellas<sup>4</sup>, haciéndonos entrever la pluralidad de fuentes que ha utilizado<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> La Dialectología Griega moderna desatendió el estudio de la κοινή διάλεκτος y en la práctica se sirvió del dialecto (jónico)-ático como canon.

<sup>4</sup> Para Gregorio cf., en la citada edición de Schaefer, por ejemplo, las páginas 294-5, con enumeración expresa de las variedades cretense, rodia argiva y lacedemonia en el dórico; cf. también págs. 341, 345, 371.

<sup>5</sup> Se excusa decir que los términos γλώσσα, ἰδίωμα, μετάπτωσης, etc. están lejos de constituir un vocabulario técnico con significaciones unívocas y oposiciones claras. Por ejemplo, si γλώσσα ο γλωττα alude a lo que traducimos como voz rara, también puede ser sinónimo de μετάπτωσης y oponerse a διά-

Es muy de resaltar que en la definición de dialecto y en la mención de variedades locales está aludida y no recogida una tradición de estudios en los que la particularidad o diferencia dialectal es estudiada precisamente en términos estrictamente locales, κατὰ πόλεις, y sólo raramente en términos genéricos o de estirpes. Esta tradición, que debiera haber tenido más peso y presencia en el resurgir moderno de nuestra disciplina, se ha conservado mejor en la Lexicografía, como se puede comprobar en repaso a Hesiquio, *Suda*, *Etymologicum Magnum*, etc.<sup>6</sup>

c) Ejemplos de autores que cultivaron los dialectos, autores que constituirán la fuente principal de los datos presentados: respectivamente, Homero, Aristófanes, Teócrito, Alceo y Píndaro. Dejemos aparte los fuertes reparos que haríamos a que Homero sea representante cualificado del jónico (y sólo del jónico) y apuntemos que la mención de Píndaro como muestra de *koiné* no es de recibo, pero tampoco es un disparate sin explicación ni disculpa porque su lengua es permeable a tradiciones épica y lírica no dóricas y, por regla general, busca más un color que una marca dialectal (rehuyendo a veces dialectalismos y aceptando formas comunes o más generales<sup>7</sup>).

d) Justificación del nombre de los dialectos por el de los héroes epónimos de las estirpes, o, más claro, ecuación de los conceptos de estirpe (ἔθνος) y dialecto.

Hay la natural salvedad de que la *koiné* no es dialecto de estirpe y carece de héroe que le dé nombre, y de que el ático no supone una cuarta estirpe, sino que es reconocido aparte por factores obvios de orden político-cultural; ahora bien, no carece de heroína epónima, Ἄτθις, hija de Cránoo<sup>8</sup>.

λεκτος como la especie al género. Cf. los *Scholia Marciana* a Dionisio Tracio (*Grammatici Graeci* I, iii, pág. 302), «Debe saberse que διάλεκτος difiere de γλῶττα porque διάλεκτος comprende γλῶτται. Uno solo es el dialecto dórico, bajo el cual hay muchas γλῶσσαι, de argivos, laconios, siracusanos, mesenios, corintios...». Cf. Munz, «Über γλῶττα und διάλεκτος und über ein posidonianisches Fragment bei Strabo», *Glotta* 11, 1921, págs. 85-94.

<sup>6</sup> Cf. Latte, «Glossographika», *Philologus* 80, 1925, págs. 136-175; cf. también Bowra, «Γλῶσσαι κατὰ πόλεις», *Glotta* 38 (1960), págs. 43-60.

<sup>7</sup> Cf. la opinión de Meillet, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, 6.<sup>a</sup> ed., 1948, págs. 199 ss., con remisión expresa a la observación por Gregorio de que la lengua de Píndaro, Ibico, etc. está «totalmente libre (de particularidad local)».

<sup>8</sup> El *Meermannianus* desconoce el mito de Cránoo y su hija Atthis, e inventa un Ático, fundador y rey epónimo del Atica.

e) La presentación del material se hace considerando los dialectos como particularidades o alteraciones respecto de una norma, y el *Meermannianus* es muy explícito: «hay que tomar ésta (*i. e.* la *koiné*) como canon, y los demás (*i. e.* los cuatro dialectos) como particularidad»: la *koiné* es canon por carecer de sello propio.

En este proceder pesan sin duda necesidades de orden práctico, pero también está latente la concepción de que lo dialectal es πάθος respecto de una situación «natural», es factor de ἀνωμαλία. Luego, en la práctica, ocurre que lo natural o punto de referencia va a ser el ático y el jónico: al lado de que sean los dialectos con más y mejor documentación están actuando juicios y prejuicios de orden extralingüístico. Para calificar lo jónico-ático será norma el uso común a los demás dialectos.

3. En conclusión, estos manuales bizantinos nos dan una Dialectología práctica y ancilar, enfocada a las particularidades fonéticas, gramaticales e incluso estilísticas de los textos literarios, pero despreocupada de las léxicas, con la excepción del desordenado Gregorio, que aprovecha fuentes glosográficas. Es una Dialectología normativa y casuística, limitada a dar equivalentes «normales» del hecho dialectal y alguna que otra regla práctica de predecibilidad de ese hecho, pero renunciando a explicarlo; se diría que, más que manuales de Dialectología, son diccionarios de dificultades, de diferencias y equivalencias dialectales<sup>9</sup>.

La clasificación de los dialectos se hace con criterio extralingüístico: división de los γένη o stirpes e historia política y cultural; no hay la menor alusión a causas y proceso de la fragmentación dialectal, que viene implícitamente explicada y aceptada como consecuencia de la división de stirpes y existente desde que ésta se

---

<sup>9</sup> Por supuesto, la práctica normativa y de predecibilidad de los hechos dialectales es absolutamente ajena o contraria a la realidad histórica de los hechos: por ejemplo, resultan ser dórico y eólico los que convierten en  $\bar{\alpha}$  lo que en jónico-ático es  $\eta$ , y para la práctica totalidad de los hechos se carece de los conocimientos mínimos necesarios que los expliquen suficientemente. Por otra parte, el material empleado da lugar a errores notables que el moderno dialectólogo debe saber separar de la muy buena información que estos tratados procuran: por ejemplo, no es dórico el infinitivo atemático en  $-\muεναι$  que Gregorio (pág. 205) encuentra en los autores dóricos porque son permeables a influencias de lenguas literarias eólicas.

produce. Todo ello —perfectamente acorde con el ahistoricismo o «inmovilismo» de la especulación lingüística antigua— supone concebir el dialecto como entidad fija, compartimento estanco, existente *ab origine* con límites y rasgos claros, con la forma que manifiesta en los textos en que es estudiado. Más adelante veremos que, con el apoyo de noticias históricas o míticas, es la mezcla de poblaciones el principal, si no único, expediente para dar cuenta de la mixtura dialectal.

El poco historicismo que hay —si se lo puede llamar así— es de orden extralingüístico y pre-juzga totalmente lo que se observe en el orden lingüístico. Pero tampoco hemos de lamentarnos mucho de esta limitación, si tenemos a la vista el poco acierto de métodos y conclusiones en las pocas veces que se plantearon el problema del cambio lingüístico en general y el fonético y morfológico en particular.

En efecto, los manuales de que tratamos no están libres del achaque de arbitrariedad e ingenuidad absolutas en la observación y explicación de diferencias fonéticas y morfológicas, que eran reducidas a diferencias de letras cuya supresión, adición, transposición, inclusión... —es decir, cuya ἀφαίρεσις, πρόσθεσις, μετάθεσις, ἐπένηθεις— se hacía a entero capricho de lo que había que probar. En consecuencia, etimología y analogía (= morfolología) de tratados gramaticales y dialectológicos y de glosarios y etimológicos no tienen hoy otro interés que el anecdótico en lo que aplicaron de lo que mal podemos llamar Fonética. En cambio, son notables los aciertos en la descripción morfológica y sintáctica y en los principios teóricos obtenidos de esa descripción, y es muy de agradecer todo el material que nos han legado, esté bien o mal interpretado.

El inventario de ingenuidades y arbitrariedades de Gregorio y sus modelos sería largo, aun excluyendo todo lo que tuvo que esperar al siglo XIX para tener explicación. Como botón de muestra valga éste, en el que se diría que el árbol no dejó ver el bosque: dice Gregorio de los dorios que «en lugar de genitivo de singular terminado en -ου de los nombres que tienen nominativo en -ος utilizan su dativo. Así Teócrito: Ἡ κατὰ Πηνειῶ καλὰ τέμπεα, ἢ κατὰ Πίνδω»<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Cf. pág. 191 ed. Schaefer.

Aplicada con rigor esta observación de que en (parte del) dórico son dativos y no genitivos de singular de la segunda declinación las formas en  $-\omega$ , el gramático debiera haber concluido que en tal dialecto esa declinación carece de genitivo de singular, cosa que tendría que parecerle incasable con la existencia de genitivo de plural, y tendría que preguntarse por la razón de que el cambio de número provocase alteración del régimen sintáctico. En definitiva, aun sin pedir peras al olmo de la moderna Tipología, esperábamos otra cosa con más pies y cabeza<sup>11</sup>.

4. Aun si pasáramos por alto todas las deficiencias que venimos enumerando y nos quedáramos con la partición de dialectos y de estirpes, seguiríamos teniendo un balance negativo porque:

a) Ni la división en tres estirpes abarca a toda la población de la Hélade.

b) Ni, transplantada al mapa dialectal, cubre todas sus variedades, ya no locales, sino de grupos mayores.

En efecto, cualquiera que sea la antigüedad y el relieve de la división de los Ἑλληνες en Αἰόλιοι, Δωριεῖς, Ἴωνες (e incluso Ἀχαιοί), quedan fuera de ella, creo, los griegos de Epiro, Etolia, Fócide, Acarnania... —es decir, la Hélade central y noroccidental—, los de Élide, Acaya y Arcadia en el Peloponeso, los de Panfilia en Asia Menor y los de Chipre.

En cambio, la tripartición de estirpes se da y es sumamente impresiva en la costa occidental de Asia Menor e islas adyacentes, además de en buena parte de la Hélade continental, en Creta, Sicilia y Magna Grecia, y en otras colonias del Mediterráneo y del Mar Negro. La tripartición fue sentida con fuerza y tuvo repercusión notable en los órdenes político y cultural, alcanzando incluso a fundamentar presuntos o reales comportamientos y caracteres indivi-

<sup>11</sup> Como curiosidad damos la rectificación que el editor Schaefer hace a Gregorio. Se verá que acierta en el orden práctico, pero que en 1811 se había adelantado muy poco en Fonética y Dialectología: «Rectius dixisset, ut in  $\mu\omega\sigma\alpha$ ,  $\acute{\omega}\rho\alpha\nu\acute{\omicron}\varsigma$ , et similibus; ut in accusatiuis plur. in  $\omega\varsigma$ : ita et in eiusmodi genitiuis  $\omega$  pro  $\omicron\upsilon$  ponere consuevisse Dorienses. Eius rei caussa a veterum consuetudine, literam o  $\omicron\upsilon$  pronunciantium, probabiliter repetenda est... Posteaquam in Alphabetum recepta fuisset litera  $\omega$ , huic altera in istis fere cessit; sed ita cessit, ut in Doricis monumentis lapideis frequentia supersint antiqui moris vestigia...».



viduales y colectivos, es decir, convirtiéndose en tema de propaganda y de reivindicación política. Recordemos la terminología de los modos o ἄρμονίαι musicales, de los órdenes arquitectónicos, etc. y concluyamos que la tripartición de estirpes, pese a todas sus limitaciones, fue sentida con notable fuerza y no hemos de extrañarnos mucho de que haya sido completada y complicada con la dialectal por gentes para las que la lengua era principalísimo criterio de identificación y diferenciación, como se prueba por la antigüedad, persistencia y relieve de la oposición "Ἕλληνες : βάρβαροι. Que estirpes y dialectos aparezcan complicados ya en el siglo V a. C. y lleguen a fraguar en la forma que aquí criticamos tiene también una pequeña disculpa en el papel marginal, incluso deprimido, que jugaron en la historia política y cultural de la Hélade la mayoría de las comunidades y de los dialectos que quedaban fuera de la tripartición, que resulta así ser verdad, pero está lejos de ser toda la verdad.

Pudiera calificarse de ser la verdad, si nos limitásemos a los dialectos con cultivo literario. Pero no es la verdad entera, si vamos al nivel no literario y advertimos que la tripartición olvida los dialectos que, desde Brugmann, conocemos como «noroccidentales», el aqueo (de Acaya), el eleo, el arcadio, el chipriota y el panfilio, y, además, reduce el eólico a su rama lésbica, el jónico a lo minorasiático e insular, y el dórico a alguna de sus muchas variantes locales (Sicilia y Magna Grecia, Laconia) o a producción literaria en la que el sello falta o no es tan claro<sup>12</sup>.

Por otra parte ya vimos que la tripartición misma se ha roto para dar cabida al dialecto ático, originándose una clasificación híbrida y cuya insuficiencia podría ser menor si la alusión a las μεταπτώσεις o variedades locales fuese más detallada, es decir, si en los manuales bizantinos hubiese tenido más presencia esa otra tradición de estudios glosográficos que atendió a recoger voces raras y se conformó con señalar su procedencia local, renunciando a esquemas amplios y/o teóricos de grupos dialectales. Tal proceder parece concordar con el sentido y la observación naturales de los

---

<sup>12</sup> Cf. nota 7. Se desconocen o solamente se aluden ocasionalmente el eólico de Tesalia y de Beocia, el jónico de Eubea y el dórico de Corinto, Mégara, etc.; además, no se advierte bien el carácter mixto o supradialectal de las lenguas literarias.

helenos, que distinguieron peculiaridades, acentos, hablas..., locales y no generales o de grupo<sup>13</sup>.

5. Vamos a repasar ahora una serie de textos que van a presentarnos la división de estirpes como no tan antigua o no sentida en fecha antigua con la fuerza y relieve que llegó a tener; en segundo lugar, enunciada en sus testimonios más veteranos sin relación directa con la diferenciación dialectal o, si se prefiere, sin que ésta la ejemplifique y apoye; en tercer lugar, complicada con la de dialectos por razones de orden extralingüístico y suponiendo una simplificación total de la diversidad y el número de éstos por no atender más que a los que tuvieron cultivo literario. Por último, la fragmentación de dialectos y sus posibles interrelaciones como consecuencia de que haya o no comunicación y mixtura entre las respectivas comunidades o estirpes hablantes.

No es de extrañar que las tablillas micénicas por su contenido nos brinden un silencio total sobre la cuestión, un silencio que no admite valoración positiva ni negativa. No ocurre lo mismo en Homero e *Himnos Homéricos*: no hay mención alguna de los Αἰόλιοι; la de los Δωριεῖς se reduce a *Odisea* XIX 177<sup>14</sup>:

Hay un país, Creta, en medio del vinoso ponto,  
hermoso y fértil, ceñido por las aguas; en él hombres  
muchos, sin número, y noventa ciudades;  
unos y otros mezclan sus lenguas: allí viven aqueos,  
magnánimos eteocretenses, cidones,  
dorios en tres tribus y joviales pelasgos.

Tan claro como la caracterización social de los dorios y que se los distinga de los aqueos es que la diferencia de lenguas no resulta utilizable para nuestros propósitos.

<sup>13</sup> En págs. 389-402 de Schwyzer, *Dialectorum Graecarum Exempla Epigraphica Potiora* puede verse un buen puñado de pasajes al respecto.

<sup>14</sup> En las tablillas micénicas tenemos a<sub>3</sub>-wo-ro en KN Ch 896, 5754, etc.: sin duda es Αἰφύλος, pero como nombre de buey; la palabra i-ja-wo-ne[ en KN B 164 y Xd 146.4 carece de contexto suficiente para ser juzgada, pero es ante cedente claro de Ἴδιονες o Ἴδιωνες, aluda o no en las tablillas a esa estirpe. Sobre estos nombres y sobre la mención de jonios y aqueos en documentos del Oriente Próximo, cf. Lejeune, cap. XXXIV de la 2.ª serie de sus *Mémoires de Philologie Mycénienne*, Roma, 1971; Chadwick, «The Ionian Name», de *Greece and the Eastern Mediterranean in Ancient History and Prehistory*, ed. K. H. Kinzl, Berlín, 1977, págs. 106-109; Harmatta, «Zur Abhijawā-Frage», *Studia Mycenaea*, ed. Bartoněk, Brno, 1968, págs. 117-124.

De los jonios se habla en *Iliada* XIII 685 y se los caracteriza en términos culturales —ἐλκεχίτωνες—, no lingüísticos, poniendo a su lado a beocios, locros, ftíos y epíos. El *Himno a Apolo*, 147, habla de los Ἴάονες en los mismos términos que Homero y sin contraponerlos a ninguna otra comunidad. Por último, en la Épica Ἀχαιοί, al igual que Ἀργεῖοι, Δαναοί y Πανέλληνες, designa el conjunto de los griegos.

La total insuficiencia, casi silencio, de los textos homéricos no puede tenerse por fortuita ni resultado de pérdidas o mutilaciones de la transmisión, ni como indiferente, sino como prueba de que la tripartición de estirpes no estaba consolidada o no era sentida con especial fuerza; de haber sido así, no podría haber faltado en textos y género tan atentos a genealogías, estirpes, organización política y social, etc., y no desatentos a constatar la diversidad lingüística. Lo muy poco que hay sobre estirpes aparece con sentido o connotación claramente local<sup>15</sup>.

En cambio, en Hesíodo (fr. 9 Merkelbach-West) tenemos la primera documentación del mito de Helen y sus hijos, epónimos, respectivamente, de los Ἑλληνες y de sus tres γένη o estirpes; por desgracia, estamos ante un fragmento sin otro contexto que el muy genérico de pertenecer a un poema genealógico (Γυναικῶν Κατάλογος ο Ἡοῖα:

De Helen, rey belicoso, nacieron  
Doro, Juto y Eolo, que combate desde el carro.

De Doro y Eolo, dorios y eolios. Hijo putativo de Juto es Jon, epónimo de los jonios y realmente hijo de Apolo y de Creúsa, esposa de Juto e hija de Erecteo. El mito da como hijo de Juto también a Aqueo, pero los aqueos no entran en la división canónica de estirpes helenas. Recordemos que el mito de Helen y sus hijos parece haber tenido crédito como realmente histórico y no como simplemente etiológico: por ejemplo, Tucídides (I, 3) concibe la helenización de Grecia, la extensión de la lengua griega, como consecuencia de que el poder que alcanzan Helen y sus hijos en el Norte, en la Ftíotide, los convierta en socorredores de comunidades más débiles<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Cf. *Iliada* II.867 e *Himno a Afrodita* 111-113.

<sup>16</sup> No se debe olvidar que Tucídides admite de buen grado y con escasa crítica la historicidad de individuos y situaciones que convienen a su esquema

Tras Hesíodo encontramos una serie de autores en los que se hace alusión a las estirpes en términos de usos culturales, tradiciones, etc., e incluso se las contraponen, pero nunca incluyendo la diferencia lingüística ni como caracterización ni como argumento, si se trata de exponer y justificar reivindicaciones de una estirpe frente a las otras. En cambio sí hay alusiones a la lengua y caracterización o descripción por medio de ella en términos de peculiaridades estrictamente regionales o locales, sin implicación con las estirpes; excepción parcial a todo lo anterior es que el término *dórico* adquiriera relativamente temprano significación genérica englobadora de hablas locales<sup>17</sup>.

Bástenos con dos o tres ejemplos: Tirteo, que justifica el dominio del Peloponeso por los dorios echando mano del mito del Retorno o Descenso de los Heraclidas (fr. 1; cf. fr. 19); Solón (fr. 4 a), que considera el Ática como «más antigua tierra de Jonia»; Heródoto, con abundancia de pasajes en que se caracterizan y contraponen las estirpes y comunidades menores, sus movimientos, contactos, mezclas..., pero sin que la diferencia dialectal sirva a tales propósitos. Otro tanto ocurre en Tucídides, en el que, como dejamos apuntado, hay observaciones sobre la afinidad entre las hablas dóricas, cf. IV, 3 sobre mesenios y laconios, y, sobre todo, III, 112, 4, pasaje en el que el estratego ateniense Demóstenes acude a la treta de poner en cabeza de sus tropas a los mesenios y «porque hablaban dórico» les ordena saludar a la guardia enemiga, que, por tal razón, se ve sorprendida en la oscuridad de la noche.

Por el otro lado podemos citar a Solón, fr. 36, en el que γλῶσσαν Ἀττικὴν tiene sentido local indudable; a Heródoto I, 142, con afirmación expresa de que los jonios (de Asia Menor) no tienen todos la misma lengua, sino que se pueden distinguir cuatro variedades, τρόπους τέσσερας παραγωγέων que, por cierto, la documentación epigráfica, un tanto despegada de la realidad coloquial, no permite reconocer; entre las observaciones notables de rasgos de habla circunscritos a ámbito y calificación local destacaremos *Acarnienses* vv. 729 ss., de Aristófanes, que nos presenta a un megarense y a un

---

y argumentación: tal vez se ha exagerado en la «modernidad crítica» de Tucídides frente al «ingenuismo acrítico» de Heródoto; en cualquier caso la realidad de Helen y sus hijos parecen fuera de duda para los griegos antiguos.

<sup>17</sup> Cf. nota 13.

beocio hablando en sus respectivos dialectos: la caracterización de éstos se hace, con mejor o peor acierto, en términos cien por cien localistas y no se conforma con un genérico o superficial dórico o eólico para el que bastarían dos o tres rasgos diferenciales a la manera del bíblico *shibboleth*, y, sea o no significativo, añadimos que falta por completo la alusión a la estirpe.

En definitiva, puede creerse que la división tripartita en estirpes no tiene en la realidad el arraigo y la antigüedad que llegó a tener en fecha tardía, en fecha de recogida, crítica y también tópico de y sobre la historia cultural pasada, y además no aparece ligada a la observación y clasificación del complejo dialectal, considerado siempre, repetimos, en términos de unidades mínimas locales.

Ahora bien, nada tiene de extraño que estirpes y dialectos se hayan complicado progresivamente hasta hacerse paralelos en fecha tardía, recibiendo esta complicación su empujón definitivo en el momento en que, por un lado, ciertas comunidades se habían hecho representativas de la correspondiente estirpe, y, por el otro, la atención se enfoca a los dialectos que han tenido esplendor literario.

De mediados del siglo III a. C. y atribuido al cretense Heráclides es el primer texto en que dialecto y estirpe aparecen en estricto paralelo. El texto (*FHG* II, 263) es una ramplona tautología en la que lo definido no sólo entra en la definición, sino que es la definición misma. Perdónese la impropia literalidad de la traducción:

Son helenos los que por su estirpe y por su habla helenizan desde Helen; atenienses, los que habitan el Atica. Son áticos por su estirpe, y en su dialecto aticizan, al igual que los dorios, los descendientes de Doro, en su habla dorizan, y eolizan los descendientes de Eolo, mientras que jonizan los de Jon el hijo de Juto.

Casi quinientos años después, Clemente de Alejandría en sus *Στρωματεῖς* I, 142, 2, dirá que «dialecto es la forma de hablar que revela el carácter propio de un lugar, o la forma de hablar que revela el carácter particular o común de un pueblo (~ estirpe)»: tenemos fundidas aquí las dos tradiciones, la más antigua, localista, y la más moderna, asociadora de estirpe y dialecto. Es lástima que la segunda haya tenido más cabida y más peso en la evolución tardía y en el resurgir moderno de nuestra disciplina.

6. En los autores que hemos manejado, desde Homero y añadiendo otros como Pausanias y Estrabón, están recogidas una serie de noticias sobre estirpes, regiones, ciudades, etc. que han tenido y todavía tienen su peso en nuestra Dialectología. Estas noticias van desde el mito poco o nada fiable a la información plenamente histórica y válida, desde la invención de héroes epónimos al inventario cierto de colonias y respectivas metrópolis, pasando por migraciones, relaciones pacíficas o bélicas entre comunidades, etc. Es un arsenal de datos tan voluminoso como polémico: por ejemplo, hoy no tiene el menor crédito Heródoto (I, 57) en su relato de que los atenienses eran pelagos de lengua bárbara que, al helenizarse, cambian su lengua por la griega; en cambio, sigue siendo objeto de crédito y polémica el llamado Retorno de los Heraclidas, según el cual la presencia dórica en Peloponeso, Creta, islas y Asia Menor es de fecha postmicénica, y ello podría completar conclusiones intralingüísticas sobre la *Dialektgliederung*.

Todo este conjunto de mitos y tradiciones, tras de depurado con no todo el rigor necesario, pasó a ser punto de apoyo importante para las primeras, y las ya no tan primeras, andaduras de la Dialectología Griega de Ahrens a hoy: se quiso unir los avances lingüísticos con los arqueológicos y las noticias históricas, subyaciendo al intento un cierto optimismo sobre la corrección y aplicabilidad de la ecuación lengua ~ pueblo ~ cultura, y sobre la posibilidad de reconocer cambios en una de las tres magnitudes a partir del cambio comprobado en la(s) otra(s). Colaboraba también la moda y el éxito que entonces tenía la teoría del sustrato, adstrato y superestrato a la hora de explicar fragmentaciones dialectales.

Más atrás dejamos observado que, planteados los dialectos a la manera de compartimentos estancos, existentes desde siempre y ligados en su origen y en su mantenimiento a la división de estirpes, la observación de situaciones de «mixtura» dialectal llevaba naturalmente a pensar en la mezcla o la convivencia de estirpes y, a la inversa, ésta tenía como resultado esperable aquélla. Este proceder no es falso de raíz ni nuevo: está ya en Tucídides VI, 5:

Hímera fue fundada desde Zancle por Euclidas, Simo y Sacón, y fueron calcidios los que en mayor número acudieron a la colonia, pero participaron con ellos también unos exilados de Siracusa venci-

dos en una discordia civil, los llamados Milétidas; y el habla (de Hímera) resultó mixta de la de los calcidios y de la dórica, pero se impusieron las formas de vida calcidias.

Otro ejemplo cierto lo tenemos en la eólica Quíos que pasó a ser jónica; ejemplo muy probable puede serlo Panfilia y su dialecto. Lo censurable es, pues, la aplicación indiscriminada del argumento.

Vamos a ver ahora un texto clásico y tópico de Estrabón (VIII, 1, 2) en el que se condensan todas las posiciones teóricas y también los prejuicios cuyas pistas hemos venido siguiendo; un texto que, aunque ya fuertemente criticado por Ahrens (I, § 1), siguió teniendo un peso superior a su valor, casi categoría de fundacional. El texto es largo, pero lo daremos porque no tiene desperdicio:

Siendo cuatro éstos (*i. e.*, los dialectos), decimos que el jónico es uno con el ático antiguo —en efecto, jonios se llamaban los áticos de entonces, y de allí son los jonios que colonizaron el Asia y se sirven de la hoy llamada lengua jónica—, y que el dórico es uno con el eólico, ya que todos los de fuera (*i. e.*, al Norte) del Istmo, con excepción de atenienses, megarenses y los dorios de la región del Parnaso, todavía hoy son llamados eolios. En cuanto a los dorios, es natural que, por ser pocos y habitar un país áspero, con su aislamiento hayan evolucionado su lengua y las demás costumbres hacia la singularidad, aunque en un principio ellos eran iguales a los demás. Y otro tanto ocurrió a los atenienses, habitantes de un país áspero y árido —Tucídides dice que por ello se vieron libres de devastación y se consideraron autóctonos—, ocupantes del mismo país siempre, sin que nadie intentara expulsarlos ni deseara hacerse con él. Así pues, eso mismo fue causa, naturalmente, tanto de la diferenciación de la lengua como de la de costumbres, aun siendo ellos pocos. Y al igual que fuera (*i. e.*, al Norte) del Istmo se imponía el número de los eolios, también eran eolios los de dentro (*i. e.*, al Sur) en un principio, y luego hubo mezcla de población, cuando los jonios desde el Ática ocuparon el Egialo y los Heraclidas hicieron bajar a los dorios, que fundaron Mégara y muchas de las ciudades del Peloponeso. Los jonios rápidamente fueron echados atrás por los aqueos, pueblo eólico, y quedaron en el Peloponeso los dos pueblos, el eólico y el dórico. Los (eolios) que se fundieron con los dorios en menor medida, éstos hablaron en eólico —es el caso de los arcadios y los eleos: los unos, gentes plenamente montañosas y que no obtuvieron tierras cultivables; los otros, por ser considerados sagrados de Zeus Olímpico y vivir en paz entre ellos durante largo tiempo, y en particular por ser de la estirpe eólica y haber acogido al ejército que bajó con Oxilo en el Descenso de los Heraclidas. En cuanto a los

demás, se sirvieron de una lengua mixta de uno y otro (dialecto), teniendo rasgos eólicos, unos más y otros menos. Todavía hoy, puede decirse, cada ciudad tiene su dialecto, pero todos resultan hablar el dórico como consecuencia de la mixtura acaecida.

Sería ucrónico hacer crítica de este texto desde lo que hoy sabemos, pero sí podemos hacerla de los datos y las razones que entonces había para poder escribirlo:

a) Estrabón y sus posibles fuentes presentan un mapa dialectal construido sobre dos criterios diferentes: 1) estirpe = dialecto; 2) el ático merece personalidad propia. En ambos casos es claro que lo extralingüístico es el factor condicionante y primario.

b) La unidad de jónico y ático en términos estrictamente lingüísticos está fuera de duda para nosotros y para los antiguos; pero para éstos el argumento decisivo es la tradición —por cierto, muy discutible— que hace del Ática la colonizadora de Jonia.

c) La unidad y paralelismo de jónico y ático lleva, por puro afán de simetría y con notable imprecisión lingüística, a postular el paralelismo y la unidad de eólico y dórico. La observación de rasgos dialectales que pueda haber contribuido a unir eólico con dórico es superficial en grado sumo, quizá no haya pasado de constatar que ambos grupos carecen de ciertas marcas específicas del jónico-ático (por ejemplo y en cabeza, presentar  $\bar{\alpha}$  donde éste presenta  $\eta$ ) y comparten otras que, ausentes en jónico-ático, les dan una apariencia de unidad (por ejemplo,  $\pi\rho\bar{\alpha}\tau\omicron\varsigma$ ,  $\alpha\iota\ldots$ ). Desde nuestros conocimientos actuales podríamos indicar que lo compartido tiene valor nulo en algunos casos, pues se trata de que uno y otro grupo conservan donde jónico y ático innovan.

d) La presentación misma de las estirpes deja mucho que desear en lo referente a dorios y eolios, y todo lo que se nos dice sobre relaciones entre ellas y las consiguientes mixturas dialectales no tiene la menor fundamentación lingüística, sino solamente histórica (y, por supuesto, hoy puesta en entredicho o discusión).

7. Hemos dado un repaso a textos antiguos y bizantinos con los que contó la Dialectología Griega reiniciada con Ahrens; textos que, aunque inmediatamente manifestaron sus insuficiencias y hubieron de ser criticados a fondo, sin embargo condicionaron el desarrollo de nuestra disciplina, principalmente imponiéndole un esquema de divi-



sión e interrelación de los dialectos válido en buena medida para el estudio del griego literario, pero absolutamente insuficiente para el griego no literario, que muy pronto, con el desarrollo de Arqueología y Epigrafía, va a aflorar masivamente rompiendo el simplismo de ese esquema y de sus fundamentaciones extralingüísticas.

Con estas consideraciones abrimos ya materia para otro trabajo, por lo que hemos de cerrar éste, pero advirtiendo antes que no hemos tratado de dar por falso que haya grupos eólico, jónico-ático y dórico, sino hacer ver que la existencia y contenido de esos grupos debe ser repensada y rellenada con métodos y criterios muy distintos a los que emplearon los antiguos. En otras palabras, éstos poco más nos han dado que un cúmulo notable y no siempre exacto de datos y juicios de detalle, y un esquema y unos nombres que hoy no nos son sino «etiquetas» tan cómodas como insuficientes. Quizá haya que lamentar que la primera etapa de la moderna Dialectología Griega, que culmina en la figura genial de Kretschmer, no haya sido más crítica, más «rupturista», ante lo que de antiguos y bizantinos nos ha llegado.

JUAN J. MORALEJO ÁLVAREZ

Universidad de Santiago de Compostela